

A Roosevelt de Rubén Darío, un poema político que sigue vigente

MARTHA BÁTIZ ZUK

A Roosevelt

Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,
que habría que llegar hasta ti, Cazador,
primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.

Eres los Estados Unidos, eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoi.
Y domando caballos, o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de Energía,
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant le dijo: «Las estrellas son vuestras».
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol

y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del gran Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

Este poema lo escribió Rubén Darío en los primeros años del siglo xx, como reacción a la guerra hispano-estadounidense de 1898, que significó el fin de lo que a España le quedaba de su antiguo imperio. Del 25 de abril, fecha en que inició el conflicto, hasta el 10 de diciembre, cuando se firmó el "Tratado de París", España perdió Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Guam y las Islas Carolinas. Con "A Roosevelt", Darío desafía al líder del país más poderoso en aquel momento, y refrenda su fe en los valores morales, religiosos y estéticos de la América católica, hispanohablante, indígena. Al releer este poema, me sorprendió descubrir cuánto han cambiado, y no, las cosas desde hace poco más de cien años.

Estados Unidos, tras el desmoronamiento de la Unión Soviética, es de nuevo la nación más poderosa del mundo, y ha seguido argumentando que, al invadir otras naciones, les hace un favor y les procura un mejor futuro. Sin embargo, sus más recientes líderes distan mucho de poderse comparar, como hace Darío con Roosevelt, con los grandes guerreros de la historia de la humanidad.

Darío nombra a Roosevelt “Cazador” que tiene “algo de Washington” y cuatro veces más ese “algo”, pero “de Nemrod”, legendario rey de Caldea, a quien la Biblia llama “robusto cazador ante Yavé” (Génesis X, 8-9). Le dice que es un “Alejandro-Nabucodonosor”: Alejandro, rey de Macedonia, fue uno de los grandes guerreros y conquistadores de la historia, y Nabucodonosor, rey de Babilonia, fue también admirado por su talento guerrero. Roosevelt y los Estados Unidos juntan, a ojos de Darío, el culto de Hércules, semidiós de la mitología romana que simboliza la fuerza, y el culto de Mammón, dios de la riqueza en la mitología fenicia. Riqueza y fuerza alumbran el camino de la fácil conquista (derrotar a España y adueñarse de sus islas fue una tarea muy sencilla para los norteamericanos). Qué diferentes serían las comparaciones ahora, si este poema se llamara “A George W. Bush” y no “A Roosevelt.” Bush, iletrado y beligerante como es, no podría compararse con nadie admirable. Y sin embargo, logró convencer a los ciudadanos de su país de que ir a la guerra representaría protegerse de los ataques terroristas generados por un odio que desde entonces, paradójicamente, sólo han logrado acrecentar; intentó ennoblecer su causa arguyendo que llevaría progreso y un porvenir supuestamente mejor a las naciones que ha invadido y desestabilizado. Para colmo, logró re-elegirse porque hubo suficientes compatriotas suyos que creyeron en él y se subieron juntos a un nuevo Titanic que solamente logró perpetuar la riqueza de los grandes petroleros, y ahora la economía de su país entero (y de muchos otros) se sumerge tras el choque con el iceberg de la realidad.

Nuestra América, la que Darío nombra hija del Sol, tiene la pésima fortuna de compartir continente con este país sediento de petróleo y sangre. Pero peor que eso, ha tenido la desgracia de tener gobernantes de una ruindad comparable a la de Bush, por la baja que han probado tener quienes enga-

ñaron (y engañan) a la población a fin servir sus propios intereses, abusaron (y siguen abusando) de los más pobres y desprotegidos, y en el caso latinoamericano, robaron (y roban cada día) las riquezas nacionales para enriquecer a su propia familia por generaciones. Al releer este poema me pregunto con quién compararía Darío a Bush, pero también a sus contrapartes hispanoamericanas, en su mayoría hombres grises e incultos, que llevan las riendas de naciones que habrían podido ser muy ricas, de no haber contado con líderes que prefirieron llenar sus cuentas de banco e incrementar su patrimonio individual en vez de trabajar por un futuro mejor para la tierra que los vio nacer, y para la gente que los llevó al poder. Darío se llevaría una decepción al ver que aquellos a quienes denominaba “cachorros sueltos del León Español” se han convertido, casi todos, en tristes mascotas de la hiena que es Bush.

La buena poesía, como la de Rubén Darío, no caduca ni envejece, y eso generalmente es motivo de alegría. Pero cómo pesa, cuánto apena darse cuenta -como en este caso- que las denuncias hechas hace tanto siguen siendo vigentes... 🐾



Damián Andrade